

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LII, número 50 (2.696)

Ciudad del Vaticano

11 de diciembre de 2020

EL PAPA PONE EN MANOS DE LA VIRGEN EL MUNDO ENTERO



En la mañana del martes 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, Francisco encomienda toda la humanidad ante la columna de la Inmaculada en la plaza de España en Roma

Ángelus

Inspirado por el árbol colocado en la plaza de San Pedro y por el pesebre que se está preparando, al finalizar el Ángelus del 6 de diciembre, el Papa Francisco subrayó la importancia de estos dos símbolos «de esperanza, especialmente en este momento difícil», exhortando a «no quedarnos en el signo, sino que vayamos al significado, es decir, a Jesús». Porque, aseguró — «no hay pandemia, no hay crisis que pueda apagar» la luz de la Navidad. Antes de la oración mariana, asomándose a la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano, el Pontífice había comentado, como es habitual, el Evangelio del domingo, deteniéndose en el tema de la conversión.



En el Ángelus el Pontífice habla del pesebre y del árbol como signos de esperanza

No hay pandemia que pueda apagar la luz de la Navidad

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (Mc 1,1-8) presenta la figura y la obra de Juan el Bautista, que señaló a sus contemporáneos un itinerario de fe similar al que el Adviento nos propone a nosotros, que nos preparamos para recibir al Señor en Navidad. Este itinerario de fe es un itinerario de conversión. ¿Qué significa la palabra “conversión”? En la Biblia quiere decir, ante todo, cambiar de dirección y orientación; y, por tanto, cambiar nuestra manera de pensar. En la vida moral y espiritual, convertirse significa pasar del mal al bien, del pecado al amor de Dios. Esto es lo que enseñaba el Bautista, que en el desierto de Judea proclamaba «un bautismo de conversión para perdón de los pecados» (v. 4). Recibir el bautismo era un signo externo y visible de la conversión de quienes escuchaban su predicación y decidían hacer penitencia. Ese bautismo tenía lugar con la inmersión en el Jordán, en el agua, pero resultaba inútil, era solamente un signo y resultaba inútil sin la voluntad de arrepentirse y cambiar de vida.

La conversión implica el dolor de los pecados cometidos, el deseo de liberarse de ellos, el propósito de excluirlas para siempre de la propia vida. Para excluir el pecado, hay que rechazar también todo lo que está relacionado con él, las cosas que están ligadas al pecado y, esto es, hay que rechazar la mentalidad mundana, el apego excesivo a las comodidades, el apego excesivo al placer, al bienestar, a las riquezas. El ejemplo de este desapego nos lo ofrece una vez más el Evangelio de hoy en la figura de Juan el Bautista: un hombre austero, que renuncia a lo superfluo y busca lo esencial. Este es el primer aspecto de la conversión: desapego del pecado y de la mundanidad. Comenzar un camino de desapego hacia estas cosas.

El otro aspecto de la conversión es el fin del camino, es decir, la búsqueda de Dios y

de su reino. Desapego de las cosas mundanas y búsqueda de Dios y de su reino. El abandono de las comodidades y la mentalidad mundana no es un fin en sí mismo, sino que tiene como objetivo lograr algo más grande, es decir, el reino de Dios, la comunión con Dios, la amistad con Dios. Pero esto no es fácil, porque son muchas las ataduras que nos mantienen cerca del pecado, y no es fácil... La tentación siempre te tira hacia abajo, te abate, y así las ataduras que nos mantienen cercanos al pecado: inconstancia, desánimo, malicia, mal ambiente y malos ejemplos. A veces el impulso que sentimos hacia el Señor es demasiado débil y parece casi como si Dios callara; nos parecen lejanas e irreales sus promesas de consolación, como la imagen del pastor diligente y solícito, que resuena hoy en la lectura de Isaías (cf. Is 40,1.11). Y entonces sentimos la tentación de decir que es imposible convertirse de verdad. ¿Cuántas veces hemos sentido este desánimo? “No, no puedo hacerlo! Lo empiezo un poco y luego vuelvo atrás”. Y esto es malo. Pero es posible, es posible. Cuando tengas esa idea de desanimarte, no te quedes ahí, porque son arenas movedizas: son arenas movedizas: las arenas movedizas de una existencia mediocre. La mediocridad es esto. ¿Qué se puede hacer en estos casos, cuando quisieras seguir pero sientes que no puedes? En primer lugar, recordar que la conversión es una gracia: nadie puede convertirse con sus propias fuerzas. Es una gracia que te da el Señor, y que, por tanto, hay que pedir a Dios con fuerza, pedirle a Dios que nos convierta Él, que verdaderamente podamos convertirnos, en la medida en que nos abrimos a la belleza, la bondad, la ternura de Dios. Pensad en la ternura de Dios. Dios no es un padre terrible, un padre malo, no. Es tierno, nos ama tanto, como el Buen Pastor, que busca la última de su rebaño. Es amor, y la conversión es esto: una

gracia de Dios. Tú empieza a caminar, porque es Él quien te mueve a caminar, y verás cómo llega. Reza, camina y siempre darás un paso adelante.

Que María Santísima, a quien pasado mañana celebraremos como la Inmaculada Concepción, nos ayude a desprendernos cada vez más del pecado y de la mundanidad, para abrimos a Dios, a su palabra, a su amor que regenera y salva.

Después del Ángelus, el Papa saludó a los fieles presentes a pesar del mal tiempo y a los que estaban conectados a través de la radio, la televisión y los nuevos medios de comunicación, y habló de los símbolos de la Navidad.

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo cordialmente a todos los presentes —con este mal tiempo, ¡que valientes!—, romanos y peregrinos, y todos los que están conectados a través de los medios de comunicación. Como se puede ver, el árbol de Navidad se ha colocado en la plaza y el belén está en construcción. En estos días, estos dos símbolos navideños también se están preparando en muchos hogares, para el deleite de los niños... ¡y también de los adultos! Son signos de esperanza, especialmente en este momento difícil. Trátemos de no quedarnos en el signo, sino que vayamos al significado, es decir, a Jesús, al amor de Dios que Él nos ha revelado, vayamos a la bondad infinita que hizo brillar sobre el mundo. No hay pandemia, no hay crisis que pueda apagar esta luz. Dejemos que entre en nuestros corazones y tendamos la mano a los más necesitados. Así Dios nacerá de nuevo en nosotros y entre nosotros.

Os deseo a todos un buen domingo. Y por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

[Respondiendo a las aclamaciones de la Plaza] ¡Son muy buenos los de la Inmaculada!

El deseo del Papa en el discurso a los diplomáticos

Una aspiración mundial a la fraternidad



En este tiempo de crisis, que agrava las desigualdades sociales alimentado sobre todo el hambre, las migraciones masivas y la emergencia climática, es necesario «hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad». Es el deseo formulado por el Papa Francisco en el discurso dirigido a los diez nuevos embajadores ante la Santa Sede, recibidos en la mañana del viernes 4 de diciembre, en la Sala Clementina, para la presentación de las credenciales.

¡Excelencias!

Me complace recibirlos con motivo de la presentación de las cartas que os acreditan como embajadores extraordinarios y plenipotenciarios de vuestros países ante la Santa Sede: de Jordania, Kazajstán, Zambia, Mauritania, Uzbekistán, Madagascar, Estonia, Ruanda, Dinamarca e India. Os pido que transmitáis mis sentimientos de estima a vuestros respectivos Jefes de Estado, junto con la seguridad de mis oraciones por ellos y por vuestros compatriotas.

Vuestra misión comienza en un período de grandes desafíos para toda la familia humana. Incluso antes de la pandemia de Covid-19, estaba claro que 2020 sería un año caracterizado por urgentes necesidades humanitarias debidas a los conflictos, la violencia y el terrorismo en diferentes partes del mundo. Las crisis económicas están causando hambre y migraciones masivas, mientras que el cambio climático aumenta el riesgo de desastres naturales, hambrunas y sequías. Y ahora la pandemia está agravando las desigualdades ya presentes en nuestras sociedades; de hecho, los pobres y los más vulnerables de nuestros hermanos y hermanas corren el riesgo de ser descuidados, excluidos y olvidados. La crisis nos ha hecho comprender que estamos «en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos,

todos necesitados de confortarnos mutuamente» (*Momento extraordinario de oración*, 27 de marzo de 2020).

Hoy, quizás más que nunca, nuestro mundo cada vez más globalizado requiere urgentemente un diálogo y una colaboración sinceros y respetuosos, capaces de unirnos para hacer frente a las graves amenazas que se ciernen sobre nuestro planeta e hipotecan el futuro de las generaciones más jóvenes. En mi reciente encíclica, *Fratelli tutti* expresaba el deseo de que «en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad» (n. 8). La presencia de la Santa Sede en la comunidad internacional está al servicio del bien común mundial, llamando la atención sobre los aspectos antropológicos, éticos y religiosos de las diversas cuestiones que afectan a la vida de las personas, los pueblos y las naciones enteras.

Espero que vuestra actividad diplomática como representantes de vuestras naciones ante la Santa Sede favorezca la «cultura del encuentro» (*Fratelli tutti*, 215), tan necesaria para superar las diferencias y divisiones que tan a menudo obstaculizan la realización de los altos ideales y objetivos propuestos por la comunidad internacional. Cada uno de nosotros está invitado, en efecto, a trabajar diariamente para la construcción de un mundo cada vez más justo, fraternal y unido.

Queridos embajadores, al comenzar vuestra misión ante la Santa Sede, os brindo mis mejores deseos y os aseguro la constante disponibilidad de las diversas oficinas de la Curia Romana para ayudarlos en el cumplimiento de vuestras responsabilidades. Sobre vosotros y sobre vuestras familias, sobre vuestros colaboradores y sobre todos vuestros compatriotas, invoco de corazón las bendiciones divinas.

¡Gracias!



Con el motu proprio «Ab initio» el Papa dispone una modificación a las normas del Código de los Cánones de las Iglesias Orientales

La riqueza de los dones del Espíritu

Publicamos el texto de la carta apostólica en forma de motu proprio «Ab initio» — publicada el lunes 7 de diciembre — con la cual el Papa Francisco dispone la modificación de los cánones 435 y 506 del Código de los Cánones de las Iglesias Orientales.

Litterae Apostolicae Motu Proprio Datae

AB INITIO

Quibus can. 435 § 1 et can. 506 § 1 Codicis Canonum Ecclesiarum Orientalium mutantur

Desde los primeros días de la Iglesia, algunos fieles se sintieron llamados a consagrar sus vidas de manera especial al servicio de Dios y de sus hermanos, dando testimonio ante la comunidad de su desprendimiento del mundo a través de lo que más tarde se convertiría en la profesión de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia.

A las experiencias individuales siguieron, primero en Oriente y luego en Occidente, las de la vida fraterna común, marcada por las prescripcio-



Francisco con Su Santidad Bartolomeo I, Patriarca Ecueménico de Constantinopla (17/09/2019)

nes de una Regla y la sumisión al Superior.

«Esta es la causa —dice el Concilio Vaticano— de que, como en árbol que se ramifica espléndido y pujante en el campo del Señor partiendo de una semilla puesta por Dios, se hayan desarrollado formas diversas de

vida solitaria o comunitaria y variedad de familias que acrecientan los recursos ya para provecho de los propios miembros, ya para bien de todo el Cuerpo de Cristo» (*Constitución Dogmática Lumen Gentium*, 43).

La Iglesia acoge las diversas formas de vida consagrada como manifestación de la riqueza de los dones del Espíritu Santo; la autoridad eclesial, especialmente los Pastores de las Iglesias particulares, interpreta los consejos, regula su práctica y, a partir de ellos, constituye formas de vida estables, a fin de que «no surjan imprudentemente Institutos inútiles o no dotados del suficiente vigor» (*Decreto Perfectae caritatis*, 19).

Es responsabilidad de la Sede Apostólica sea acompañar a los Pas-

tores en el proceso de discernimiento que conduce al reconocimiento eclesial de un nuevo Instituto o de una nueva Sociedad de derecho episcopal, sea el juicio definitivo para comprobar la autenticidad del fin inspirador.

Después de haber procedido a las modificaciones del Código de Derecho Canónico, en esta perspectiva dispongo también la modificación de los cánones 435 §1 y 506 §1 del CCEO, que son sustituidos respectivamente por los siguientes textos:

Can. 435 §1 — *Episcopi eparchialis est erigere monasterium sui iuris praevia licentia scripto data intra fines territorii Ecclesiae patriarchalis Patriarchae aut in ceteris casibus Sedis Apostolicae.*

Can. 506 §1 — *Episcopus eparchialis erigere potest tantum congregationes; sed eas ne erigat nisi praevia licentia scripto data Sedis Apostolicae et insuper intra fines territorii Ecclesiae patriarchalis nisi consulto Patriarcha.*

Lo que ha sido deliberado por esta Carta Apostólica en forma de *Motu proprio*, ordeno que tenga vigencia firme y estable, no obstante cualquier cosa contraria, aunque sea digna de mención especial, y que sea promulgado por publicación en *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor el 8 de diciembre de 2020 y luego publicado en el comentario oficial de las *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en el Laterano, el 21 de noviembre del año 2020, Memoria de la Presentación de la Santísima Virgen María, el octavo de mi pontificado.

FRANCISCO

El quirógrafo pontificio

Prevenir y combatir actividades ilegales en el campo financiero

Con el fin de prevenir y combatir las actividades ilegales en el campo financiero y monetario, con la Carta Apostólica en forma de *Motu Proprio* del 30 de diciembre de 2010, mi venerado predecesor Benedicto XVI, adhiriéndose a los esfuerzos desplegados en este sentido por la comunidad internacional, quiso crear la «Autoridad de Información Financiera», institución vinculada a la Santa Sede, como persona jurídica pública canónica y civil vaticana, aprobando el Estatuto de la misma. Sucesivamente, a fin de reforzar la Autoridad en su mandato y contrarrestar la financiación del terrorismo y la proliferación de armas de destrucción en masa, con el *Motu Proprio*, de 8 de agosto de 2013, atribuí a la Autoridad de Inteligencia Financiera la función de supervisión prudencial de las instituciones que realizan profesionalmente una actividad de carácter financiero e instituí el Comité de Seguridad Financiera. Con los mismos fines, aprobé la Ley deliberada por la Comisión Pontificia para el Estado de la Ciudad del Vaticano que contiene normas sobre transparencia, vigilancia e información financiera, n.º XVIII del 8 de octubre de 2013, modificada posteriormente por la Ley n.º CCXLVII del 19 de junio de 2018 y, más recientemente, por el Decreto n.º CCCLXXII del Presidente de la Gobernación, del 9 de octubre de 2020.

Para que pudiera cumplir mejor las funciones que le fueron encomendadas, con Carta Apostólica en forma de *Motu Proprio* del 15 de noviembre de 2013, di a la Autoridad un nuevo Estatuto en sustitución del anterior. Con el *Motu Proprio* del 24 de febrero de 2014 procedí a la reorganización de los organismos económicos de la Santa Sede, instituyendo el Consejo para la Economía, la Secretaría para la Economía y la Oficina del Revisor General, de los cuales, el 22 de febrero de 2015, aprobé los Estatutos.

A raíz de la participación de la Santa Sede en el grupo «Moneyval» del Consejo de Europa y la aplicación progresiva de las disposiciones de salvaguardia en materia de lucha contra el blanqueo de dinero, el antiterrorismo y la proliferación de armas de destrucción masiva, en virtud del poder apostólico en la Iglesia y de la soberanía en el Estado de la Ciudad del Vaticano, vistos los can. 114, 115, 116, 331 CIC y la normativa canónicas y vaticana antes mencionada, establezco que a partir de la fecha de hoy el nombre de «Autoridad de Inteligencia Financiera» cambie a «Autoridad de Supervisión e Información Financiera», cuyo nuevo Estatuto apruebo simultáneamente.

Ciudad del Vaticano, 5 de diciembre de 2020.

FRANCISCO

Quirógrafo de Francisco para la erección en persona jurídica canónica y vaticana

La Fundación «Red Mundial de oración del Papa»

Publicamos a continuación el texto del Quirógrafo del Papa para la erección en persona jurídica canónica y vaticana de la Fundación «Red Mundial de Oración».

La Red Mundial de Oración del Papa, anteriormente Apostolado de la Oración, iniciado en Francia por el Rev. P. François-Xavier Gautrelet, S.J., se funda en la espiritualidad del Sagrado Corazón de Jesús y acoge las intenciones de oración mensuales propuestas por el Santo Padre a la Iglesia. Hace unos años instituí la Red Mundial de Oración del Papa como Obra Pontificia para subrayar el carácter universal de dicho apostolado y la necesidad que todos tenemos de rezar cada vez más y con sinceridad de corazón. Con el fin de coordinar y animar este movimiento espiritual que me es tan querido, dotándolo de una estructura adecuada a los tiempos que vivimos, en virtud de la potestad apostólica en la Iglesia y de la soberanía en el Estado de la Ciudad del Vaticano, teniendo en cuenta los cánones 331, 114 y 115 §3, 116 §1 y 1303 §1, n. 1 del Código de Derecho Canónico, y el art. 1 n. 1 de la Ley Fundamental de la Ciudad del Vaticano desde el 26 de noviembre de 2000, aceptando la instancia presentada por la Red Mundial de Oración del Papa,

ERIJO

en persona jurídica canónica y vaticana la Fundación «Red Mundial de Oración del Papa», con sede en el Estado de la Ciudad del Vaticano, regida por los Estatutos anexos a este Quirógrafo, aprobados hoy por mí, que entrarán en vigor a partir del 17 de diciembre de 2020.

Ciudad del Vaticano, 17 de noviembre de 2020.

FRANCISCO

Una historia de tres décadas
detrás del Vademécum ecuménico

El ecumenismo espiritual bíblico

MARCELO FIGUEROA

En el recientemente publicado por el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos: «El obispo y la unidad de los cristianos: Vademécum ecuménico», se incluye un apartado referido a las Sagradas Escrituras, dentro del capítulo denominado «El ecumenismo espiritual».

En el mismo, se hace mención a ellas como «un patrimonio bíblico común que ofrece oportunidades de reunirse para la oración y el diálogo basados en las Escrituras, para la lectio divina, para las publicaciones y traducciones conjuntas...». Aquí se referencia explícita al documento «Normas de cooperación interconfesional para la traducción de la Biblia» realizado con las Sociedades Bíblicas Unidas.

Si se me permite una nota de tipo personal, el año 1987 en que se firmó ese documento, coincidió con mi ingreso a las Sociedades Bíblicas en Argentina. Por ello, pude ser testigo de la relevancia y desarrollo de ese histórico acuerdo durante los veintitres años que serví en esa entidad dedicada a la traducción y la difusión de las Sagradas Escrituras. Pude también ser caminante y participante, junto a mis hermanos católicos de cómo en y a través de ellas, se pudo transitar avenidas amplias de un ecumenismo espiritual profundo y enriquecedor.

Aquel documento citaba en su introducción que hacía mención a un acuerdo fundamental al que calificaba como inalterable, en donde «la preparación y la revisión de las traducciones se llevarán a cabo en estrecha colaboración, con el objeto de que el nuevo texto sea bien recibido y usado por todos los cristianos y las comunidades cristianas que hablan la lengua en la cual se ha hecho la traducción. La meta obvia de este esfuerzo interconfesional es producir ediciones de las Sagradas Escrituras que ofrezcan un mismo texto a todos los que hablan una misma lengua. Esto hará posible, además, y con frecuencia por primera vez, ofrecer un testimonio común respecto de la Palabra de Dios en el mundo de hoy».

En relación con los aspectos técnicos del texto bíblico, fue muy importante el acuerdo de uso de las bases textuales tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento. Desde luego que con relación al primero de ellos, no hubo demasiada controversia.

La utilización de la edición crítica en griego que representó en sí un esfuerzo conjunto de eruditos que representan a la Iglesia Católica Romana y a las comunidades protestantes fue un primer punto de encuentro. Este acuerdo en relación con los textos del Nuevo Testamento tuvo un correlato directo en la edición y las primeras impresiones de las futuras versiones interconfesionales. Si bien el acuerdo mencionado no lo menciona, en la práctica siempre se editaron y distribuyeron primero este volumen, no solo por un procedimiento de prueba de la traducción, sino como una manera de dar un aporte tangible cercano a cada trabajo de traducción bíblica ecuménico. No pocas veces, solo se logró dejar testimonio impreso de algunas traducciones interconfesionales con la publicación del Nuevo Testamento de la cuales, por una variedad de motivos, nunca se pudo llegar a editar la Biblia completa.

En relación con el Antiguo Testamento, el acuerdo recomendó que los equipos in-



terconfesionales utilicen la *Biblia Hebraica Stuttgartensia* publicada por la Sociedad Bíblica Alemana. El documento dice al respecto textualmente que: «como norma general, deberá usarse el texto masorético como base de la traducción. Sin embargo, cuando haya problemas especiales en la forma tradicional del texto, los eruditos deberán usar los resultados de las investigaciones textuales recientes así como las versiones antiguas respecto a otras formas del texto hebreo».

Deberá prestarse debida atención a los nuevos conocimientos que proporciona el estudio de las lenguas semíticas relacionadas con los idiomas bíblicos, aunque es posible que ello dé lugar a conflictos con las traducciones ampliamente aceptadas. El acuerdo explícito de este documento de hace treinta y tres años que rezaba que «el objetivo de las Sociedades Bíblicas es proporcionar las Escrituras de acuerdo con el canon que deseen las iglesias», tardó demasiados años en materializarse.

Recuerdo en el caso de Argentina, que esto se pudo realizar recién en el año 2006, en coincidencia cuando el entonces cardenal Bergoglio, siendo arzobispo de Buenos Aires, recomendó de una manera generosa una edición interconfesional de la Sociedad Bíblica en nuestro país.

El cardenal Bergoglio envió una carta que se incluyó en la portada de aquella edición donde, entre otras consideraciones, expresó que esta versión fue «realizada por las Sociedades Bíblicas Unidas en conjunto con biblistas católicos, dedicada a todos aquellos que con su corazón sencillo quieran abrirse al Señor que nos habla directo como a sus hijos (cf. *Dei Verbum* 1), y sabemos que un padre siempre habla en la forma sencilla para que lo entiendan. De ahí que esta traducción ha sido preparada de manera tal que todos podamos entender el plan de Dios para nuestras vidas, y aprender a ser sus discípulos».

El acuerdo citado en el Vademécum ecuménico también incluye un apartado con

aportes ecuménicos significativos en relación aspectos exegéticos.

El mismo reconoce que: «a la luz de la creciente colaboración y acuerdos entre eruditos de diferentes confesiones cristianas, deberá establecerse una base exegética común mediante la adopción de comentarios y obras especializadas que sean mutuamente aceptables».

De allí que se realizaron recomendaciones específicas sobre variantes textuales, otras traducciones con interpretaciones diferentes de lenguas originales e idiomas receptores, explicación de nombre propios poniendo énfasis en las etimologías populares, información histórica, diferencias culturales, etc.

Otro aspecto destacado del documento acordado fue el relacionado a la lingüística. En este tópico se explicitó la necesidad de aplicar principios científicos cuando se presenten dificultades ante diferentes sistemas ortográficos, la necesidad de un acuerdo en la adopción de nombres propios en base a su uso tradicional, el apego confesional y su entidad simbólica religiosa diferente.

Finalmente, y antes de ingresar en aspectos más relacionados a procedimientos de edición el acuerdo abordó el importante aspecto del estilo. En este particular, el documento mencionó que: «Cualquier traducción interconfesional deberá esforzarse por lograr un estilo que tenga sentido y sea, a la vez, de agradable lectura en público».

Quisiera culminar con las palabras con las que los firmantes – Johannes Cardenal Will Ebrands, Presidente Secretariado para la Unión de los Cristianos, Lord Donald Coggan, Presidente Honorario Sociedades Bíblicas Unidas, Ulrich Fick, Secretario General – finalizaron su introducción al acuerdo: «Esta es nuestra oración. Que Dios bendiga a los que trabajan para hacer que su Palabra sea más ampliamente conocida y vivida; y que por medio de ellos bendiga también a todos los que recibirán y leerán estas nuevas traducciones interconfesionales. (Ciudad del Vaticano, 16 de noviembre de 1987)».

Entrevista a Costanza Rizzacasa d'Orsogna sobre el bullying

Combatámoslo realmente juntos

ENRICA RIERA

Con Milo y Matilde, protagonistas de sus libros, la periodista y escritora ha participado en «Libriamoci a scuola» (liberémonos en la escuela), un proyecto nacional sobre la lectura en los institutos escolares de toda clase y grado.

El primero es una fábula sobre un gato negro que tiene problemas motores y camina en zig-zag. La otra es una novela sobre la vida de Matilde, contada a través de los desórdenes alimentarios. Se ocupa de unir las dos narraciones, en apariencia lejanas, el hilo conductor de la aceptación de uno mismo y de los demás. *Historia de Milo*, el gato que no sabía saltar (Guanda, 2018) y *No superar las dosis recomendadas* (Guanda, 2020) son los libros —valientes y de denuncia— que Costanza Rizzacasa d'Orsogna ha escrito y que, con entusiasmo, ha ilustrado a los estudiantes de «Libriamoci a scuola», el proyecto nacional sobre la lectura, promovido en los institutos escolares de toda clase y grado, por el Centro para el libro, por el ministerio de Cultura y por el de Educación. Del pasado 16 al 21 de noviembre —a través de encuentros a distancia, a causa de la emergencia sanitaria—, las palabras de la periodista y escritora han captado la mirada de numerosos alumnos: los niños de las escuelas elementales y del primer grado por el relato sobre Milo, ya de vuelta de una gira de quince meses en las escuelas; los chicos de las escuelas superiores por la historia de Matilde, que, al contrario, ha llegado por primera vez a los escolares.

«En las presentaciones sobre el minino negro y discapacitado y sobre la jovencita gordita, después mujer obesa, ha surgido principalmente el tema del bullying», explica Rizzacasa d'Orsogna, de vuelta a la librería, con la secuela de *Historia de Milo*, en septiembre de 2021. La autora —después de *Libriamoci*, a la que se ha adherido por tercer año— continuó por su cuenta su viaje virtual en las escuelas de Italia, con una profunda sensibilidad, la misma que, en 2013, usó para relatar, en exclusiva en «Panorama», la historia-entrevista de Vinicio Riva, el hombre con una rara forma de neurofibromatosis, a quien el Papa Francisco se unió en un largo abrazo de amor en la Plaza de San Pedro. «¿Por qué quiero hablar de la diversidad y la aceptación? Porque deseo combatir realmente el bullying: hay necesidad de hacerlo y quien quien ha entendido primero la importancia de esto ha sido el Pontífice, que con la plataforma digital de Scholas Occurrentes, ha involucrado a los jóvenes de todo el mundo, sabe leer los problemas y demuestra gran cercanía a lo que les afecta».

¿Cómo se aproxima a los estudiantes?

Ante todo, he modulado el lenguaje en función de los interlocutores. Mis libros están dirigidos a un público diverso. Si *Storia di Milo* es adecuada tanto para niños como para adultos, *No superar las dosis recomendadas* —aunque toque, como la fábula, temas que preocupan a todos— habla a los mayores. Por lo tanto, es el lenguaje que debe cambiar durante los encuentros, la forma de comunicarse. Para la novela, por ejemplo, usé palabras más prudentes delante de los estudiantes de secundaria; en cambio, fui más libre con los estudiantes de los ciclos superiores. En cualquier caso, lo que hago es sobre todo informar.

¿Informar de qué modo?

A través de los datos. Tomemos *No superar las dosis recomendadas*, que habla de la adicción a la comida. Hay que saber que en Italia hay más de 3 millones de personas que sufren trastornos alimentarios y que, de ellos, 2,3 millones son adolescentes y preadolescentes: el porcentaje de niños y niñas, de ocho o nueve años, con problemas de este tipo aumenta constantemente. Por lo tanto, también deberíamos abrir los ojos a la discriminación resultante. A este respecto, la Universidad de Harvard ha realizado un estudio sobre el prejuicio implícito, el que creemos que no tenemos y que



en cambio sí tenemos. En 2017, los expertos observaron un aumento del 15% en los prejuicios sobre la gordura, a diferencia de los prejuicios, que están disminuyendo, sobre la orientación sexual, la edad, etc. El estudio se actualizó en 2019: una vez más, ha surgido el aumento del 40% de los prejuicios contra las personas gordas en trece años y la disminución o la estabilidad de los demás indicadores. Si lo sumamos todo, en un corto espacio de tiempo, ha habido un aumento del 25%. Si esta es la imagen de lo que está sucediendo en los Estados Unidos, por no hablar de Italia, que se está quedando atrás incluso en el estudio de estas cuestiones.

Datos alarmantes.

Sí, no deben ser subestimados, porque las consecuencias de la discriminación son terribles. Hay algunos casos que no están lejos de nosotros y que conciernen a los niños que son intimidados, acosados y luego inducidos a suicidarse. Junto a estos episodios extremos, existe otro tipo de mortificación contra las personas gordas, casi a diario, que consiste en hacer que se avergüencen de su peso, pensando que de esta manera se ponen a dieta. La humillación no hace que pierdas peso y una persona discriminada tiene dos veces y media más riesgo de ganar peso que alguien que no lo está.

Después está el ciberacoso, además de una casi total ausencia de modelos positivos para los jóvenes.

Cierto. Ahora que estamos confinados en casa por el coronavirus, el ciberacoso está explotando con más fuerza entre los jóvenes. Los niños están viendo como el acoso escolar se derrumba y el acoso en las redes sociales aumenta. Redes sociales que se están volviendo violentas y cuyo uso se dispara, mientras que —es verdad— no hay muchos modelos positivos a los que referirse. En las series de televisión y los productos cinematográficos, se habla poco de estos temas y, en los raros casos en que se mencionan, se cometen errores. *This Is Us*, por nombrar uno, tiene el mérito de llevar a una persona obesa a la pantalla, pero luego, al menos en la primera temporada, se aplana en su bidimensionalidad: quien es gordo, no puede tener otro pensamiento que el peso. *Friends*, de nuevo, es quizás la serie más fóbica a la grasa en la historia de la televisión, con Mónica siendo motivo de burla por su apariencia física. Otro estudio de Harvard dice que la discriminación contra las personas gordas es tan tóxica como la contaminación: cuando estás cerca de una zona nociva, cambias de ruta y, de la misma manera, cuando estás gordo, en lugar de cruzar el callejón con los matones, rodeas un kilómetro. Por lo tanto, la palabra “gordo” debe ser despojada de su toxicidad, convertirse en un adjetivo como los otros. “Estoy gordo y reclamo esta palabra”, escribe, en 2015, Sarai Walker en la novela *Dietland*, que lue-

go se convirtió en una serie de televisión. Y Annie, la joven con sobrepeso de otra serie, *Shrill*, del ensayo de Lindy West de 2016 del mismo nombre, lo hace bien: la protagonista tiene un problema de peso, pero no lo convierte en una obsesión porque, además de estar gorda, es mucho más que eso. No tienes que pensar que si eres gordo, eres necesariamente infeliz, mientras que si eres delgado, tienes amor y un trabajo importante.

Sería oportuno organizar presentaciones también con los padres de los chicos.

Seguramente. Mis libros son una advertencia para ellos también: el *fat shaming*, la discriminación del cuerpo de las personas gordas, antes de la escuela, sucede en la familia. “Mi hijo está engordando”, dice la madre; luego miras al niño y todo está bajo control. No digo que toda la culpa sea de la familia, pero los padres pueden dar a sus hijos respeto por su propio cuerpo y el de los demás.

Hablemos de «Historia de Milo». Ha sido un regreso esperadísimo en las escuelas.

Un hermoso regreso. Se crean relaciones extraordinarias con los niños. Parece que formas parte de una familia, gracias, sobre todo, a los dibujos y cartas enviados por los pequeños para el cumpleaños del gatito, que, sí, existe realmente y, durante las videolecciones, suele participar conmigo. Comprendí que *Historia de Milo* logra transformar simples reuniones en auténticos intercambios de historias sobre el acoso, el racismo, la discapacidad, las migraciones. He recibido profundos mensajes de los niños, que en los personajes del cuento se han vuelto a ver a sí mismos o a personas cercanas a ellos: Ariel, en Milo, pensó en su abuelo, golpeado, como escolar, por las leyes raciales de 1938; Eugenio le escribió al gatito para que no se rindiera y no se deprimiera por sus problemas motores, porque él también, al principio, no podía andar en bicicleta, pero luego, con empeño y tenacidad, lo logró. Y, como ellos, muchos otros han contado una experiencia, más allá de la lectura, entendiendo la metáfora aunque no supieran lo que significa una metáfora.

Los niños han aprendido mucho, ¿y usted?

En mi vida nunca he tenido tanta relación con los niños, ahora he descubierto que existe una parte de mí capaz de saber hablarles. Además, con los niños hemos ampliado nuestra definición de belleza: respeto es belleza, aceptación es belleza, así como la fraternidad. Juntos lo hemos entendido.

El Papa Francisco viaja a Irak en marzo de 2021

Aceptando la invitación de la República de Irak y de la Iglesia Católica local, el Papa Francisco hará un viaje apostólico a dicho país del 5 al 8 de marzo de 2021. Visitará Bagdad, la llanura de Ur, ligada a la memoria de Abraham, la ciudad de Erbil, así como Mosul y Qaraqosh en la llanura de Nínive. Lo anunció el día 7 de diciembre, el director de la sala de prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni, explicando que se dará a conocer a su debido tiempo el programa del viaje, que tendrá en cuenta la evolución de la emergencia sanitaria mundial.

El homenaje en plaza de España y la misa en Santa María la Mayor en el día en el que se publicó la carta apostólica «Patris corde»

En la solemnidad de la Inmaculada el Papa establece un año especial dedicado a san José

El Papa Francisco hizo una peregrinación mariana privada en el corazón de Roma en la madrugada del martes 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción, entre la Plaza de España y la Basílica de Santa María la Mayor, para encomendar a la Madre de Dios a todos aquellos que en la ciudad y en el mundo entero están afligidos por la enfermedad y el desánimo.

En la Plaza de España – La primera etapa del itinerario fue una parada de oración frente a la columna mariana en la Plaza Mignanelli, junto a la Plaza de España.

A las 7.10 a.m., bajo una lluvia torrencial, el Papa llevó como regalo de una canasta de rosas blancas, luego agradeció a los bomberos que estaban prestando servicio generosamente.

En Santa María la Mayor – El segundo momento fue la visita a la basílica Liberiana con una oración frente al icono de la Salus populi Romani –y el regalo de otra cesta de rosas blancas– y, a las 7.30, la celebración de la misa en la Capilla Sixtina.

El Papa llevó consigo el recuerdo de San Ignacio de Loyola que celebró su primera misa allí en Navidad de 1538.

Al finalizar, Francisco recitó una oración a San José con motivo de la publicación de la carta apostólica Con corazón de padre.

«Patris Corde» – Ese mismo día, de hecho, se dio a conocer el texto del documento escrito por el Pontífice para conmemorar el 150 aniversario del decreto por el que Pío IX declaró a San José patrón de la Iglesia universal.

Indulgencias – Para conmemorar la ocasión, el Papa ha convocado un año especial –del 8 de diciembre de 2020 al 8 de diciembre de 2021– durante el cual se concederá la indulgencia plenaria a quienes realicen cinco actos particulares de piedad u obras de caridad relacionadas con el modelo representado por el padre putativo de Jesús.





La inclusión debería ser «la «roca» sobre la que las instituciones civiles construyan programas e iniciativas», sobre todo en este tiempo de pandemia que «ha puesto en evidencia aún más las disparidades y las diferencias» de la sociedad. Lo afirma el Papa Francisco en el mensaje difundido con ocasión de la Jornada internacional de las personas con discapacidad, que se celebra el 3 de diciembre.

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración del Día Internacional de las Personas con Discapacidad me permite este año expresar mi cercanía a quienes están viviendo situaciones de particular dificultad en esta crisis causada por la pandemia. Todos estamos en la misma barca en medio de un mar agitado que puede asustarnos; pero en esta barca a algunos les resulta más difícil, entre ellos a las personas con discapacidades graves. El tema de este año es «Reconstruir mejor: hacia un mundo post Covid-19 que incluya la discapacidad, accesible y sostenible». Me llama la atención la expresión «reconstruir mejor»; evoca la parábola evangélica de la casa construida sobre roca o sobre arena (cf. Mt 7,24-27; Lc 6,47-49). Por ello, aprovecho esta preciosa ocasión para compartir algunas reflexiones, siguiendo precisamente esa parábola.

1. La amenaza de la cultura del descarté

En primer lugar, la «lluvia», los «ríos» y los «vientos» que amenazan la casa pueden ser identificados con la cultura del descarté, difundida en nuestro tiempo (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium* [EG], 53). Para dicha cultura, «partes de la humanidad parecen sacrificables en beneficio de una selección que favorece a un sector humano digno de vivir sin límites. En el fondo no se considera ya a las personas como un valor primario que hay que respetar y amparar, especialmente si son pobres o discapacitadas» (Carta enc. *Fratelli tutti* [FT], 18). Esa cultura afecta principalmente a los sectores más frágiles, entre los que se encuentran las personas con discapacidad. En los últimos cincuenta años se han dado pasos importantes, tanto en el ámbito de las instituciones civiles como de las realidades eclesiales. La conciencia de la dignidad de cada persona ha aumentado, lo que ha llevado a tomar decisiones valientes para la inclusión de cuantos padecen una limitación física y/o psíquica. Sin embargo, todavía subsisten en el sustrato cultural demasiadas expresiones que contradicen de hecho este enfoque. Debido también a una mentalidad narcisista y utilitarista, se constatan actitudes de rechazo que conducen a la marginación, sin considerar que, inevitablemente, la fragilidad pertenece a todos. En realidad, hay personas con discapacidades incluso graves que, aun con gran esfuerzo, han encontrado el camino hacia una vida buena y rica de significado, como hay muchas otras «normalmente dotadas» que sin embargo están insatisfechas, o a veces desesperadas. «La vulnerabilidad pertenece a la esencia del ser humano» (cf. *Discurso a los participantes del Congreso «La catequesis y las personas con discapacidad»*, 21 octubre

El mensaje del Papa con ocasión de la Jornada internacional de las personas con discapacidad

La fragilidad pertenece a todos



2017). Por lo tanto, es importante, especialmente en este Día, promover una cultura de la vida, que afirme continuamente la dignidad de cada persona, en particular en defensa de los hombres y mujeres con discapacidad, de cualquier edad y condición social.

2. La «roca» de la inclusión

La pandemia que estamos viviendo ha puesto en evidencia aún más las disparidades y las diferencias que caracterizan nuestro tiempo, sobre todo en detrimento de los más débiles. «El virus, si bien no hace excepciones entre las personas, ha encontrado, en su camino devastador, grandes desigualdades y discriminación. ¡Y las ha incrementado!» (*Catequesis en la Audiencia general*, 19 agosto 2020). Por esta razón, una primera «roca» sobre la que se deba edificar nuestra casa es la inclusión. Aunque a veces se abusa de este término, sigue siendo actual la parábola evangélica del Buen Samaritano (cf. Lc 10,25-37). De hecho, a menudo nos encontramos en el camino de la vida con personas heridas, que en ocasiones llevan precisamente los rasgos de la discapacidad y la fragilidad. «La inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos. Enfrentamos cada día la opción de ser buenos samaritanos o indiferentes viajeros que pasan de largo» (FT, 69). La inclusión debería ser la «roca» sobre la que las instituciones civiles construyan programas e iniciativas, para que nadie quede excluido, especialmente quienes se encuentran en mayor dificultad. La fuerza de una cadena depende del cuidado que se dé a los eslabones más débiles.

Respecto a las instituciones eclesiales, reitero la exigencia de disponer de instrumentos adecuados y accesibles para la transmisión de la fe. Además, deseo que se pongan a disposición de quienes los necesitan, en cuanto sea posible gratuitamente, incluso a través de las nuevas tecnologías, que han demostrado ser tan importantes para todos en este período de pandemia. Asimismo, aliento a que exista una formación ordinaria para sacerdotes, seminaristas, religiosos, catequistas y agentes de pastoral, sobre la relación entre la discapacidad y el uso de instrumentos pastorales inclusivos. Que las comunidades parroquiales se comprometan a que se desarrolle en los fieles el estilo de acogida hacia las personas con discapacidad. Crear una parroquia plenamente accesible requiere no sólo que se eliminen las barreras arquitectónicas, sino que los parroquianos asuman sobre todo actitudes y acciones de solidaridad y servicio hacia las personas con discapacidad y hacia sus familias. El objetivo está en que lleguemos a dejar de hablar de «ellos» y lo hagamos sólo de «nosotros».

3. La «roca» de la participación activa

Para «reconstruir mejor» nuestra sociedad es necesario que la inclusión de quienes son más frágiles comprenda también la promoción de su participación activa. Ante todo, reitero con fuer-

za el derecho de las personas con discapacidad a recibir los sacramentos como los demás miembros de la Iglesia. Todas las celebraciones litúrgicas de la parroquia deberían ser accesibles, para que cada uno –junto a los hermanos y hermanas– pueda profundizar, celebrar y vivir la propia fe. Se debe prestar especial atención a las personas con discapacidad que aún no han recibido los sacramentos de la iniciación cristiana: estas podrían ser acogidas e incluidas en el itinerario de catequesis para la preparación a estos sacramentos. La gracia de la que son portadores no puede ser negada a nadie.

«En virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero. Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador» (EG, 120). Por eso, también las personas con discapacidad, tanto en la sociedad como en la Iglesia, piden convertirse en sujetos activos de la pastoral y no sólo en destinatarios. «Muchas personas con discapacidad sienten que existen sin pertenecer y sin participar. Hay todavía mucho que les impide tener una ciudadanía plena. El objetivo no es sólo cuidarlos, sino que participen activamente en la comunidad civil y eclesial. Es un camino exigente y también fatigoso, que contribuirá cada vez más a la formación de conciencias capaces de reconocer a cada individuo como una persona única e irreplicable» (FT, 98). En efecto, la participación activa de las personas con discapacidad en la catequesis constituye una gran riqueza para la vida de toda la parroquia. Estas, en efecto, injertadas en Cristo en el Bautismo, comparten con Él, en su particular condición, el ministerio sacerdotal, profético y real, evangelizando a través, con y en la Iglesia. Por consiguiente, también la presencia de personas con discapacidad entre los catequistas, según sus propias capacidades, representa un recurso para la comunidad. En este sentido, es preciso favorecer su formación, para que puedan adquirir además una preparación más avanzada en el campo teológico y catequético. Espero que en las comunidades parroquiales sean cada vez más, las personas con discapacidad que puedan convertirse en catequistas, para transmitir la fe de manera eficaz, también con su propio testimonio (cf. *Discurso a los participantes del Congreso «La catequesis y las personas con discapacidad»*, 21 octubre 2017).

«Peor que esta crisis, es solamente el drama de desaprovecharla» (*Homilía en la Solemnidad de Pentecostés*, 31 mayo 2020). Por eso, animo a cuantos, cada día y a menudo en el silencio, se sacrifican en favor de las situaciones de fragilidad y discapacidad. Que la voluntad común de «reconstruir mejor» pueda desencadenar sinergias entre las organizaciones tanto civiles como eclesiales, para edificar, contra toda intemperie, una «casa» sólida, capaz de acoger también a las personas con discapacidad, porque está construida sobre la roca de la inclusión y de la participación activa.

Roma, San Juan de Letrán, 3 de diciembre de 2020

FRANCISCO

Con motivo del 150º aniversario de la declaración de San José como patrono de la Iglesia universal

Carta apostólica Patris corde

Con corazón de padre: así José amó a Jesús, llamado en los cuatro Evangelios «el hijo de José»^[1].

Los dos evangelistas que evidenciaron su figura, Mateo y Lucas, refieren poco, pero lo suficiente para entender qué tipo de padre fue y la misión que la Providencia le confió.

Sabemos que fue un humilde carpintero (cf. *Mt* 13,55), desposado con María (cf. *Mt* 1,18; *Lc* 1,27); un «hombre justo» (*Mt* 1,19), siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley (cf. *Lc* 2,22.27.39) y a través de los cuatro sueños que tuvo (cf. *Mt* 1,20; 2,13.19.22). Después de un largo y duro viaje de Nazaret a Belén, vio nacer al Mesías en un pesebre, porque en otro sitio «no había lugar para ellos» (*Lc* 2,7). Fue testigo de la adoración de los pastores (cf. *Lc* 2,8-20) y de los Magos (cf. *Mt* 2,1-12), que representaban respectivamente el pueblo de Israel y los pueblos paganos.

Tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt* 1,21). Como se sabe, en los pueblos antiguos poner un nombre a una persona o a una cosa significaba adquirir la pertenencia, como hizo Adán en el relato del Génesis (cf. 2,19-20).

En el templo, cuarenta días después del nacimiento, José, junto a la madre, presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María (cf. *Lc* 2,22-35). Para proteger a Jesús de Herodes, permaneció en Egipto como extranjero (cf. *Mt* 2,13-18). De regreso en su tierra, vivió de manera oculta en el pequeño y desconocido pueblo de Nazaret, en Galilea —de donde, se decía: “No sale ningún profeta” y “no puede salir nada bueno” (cf. *Jn* 7,52; 1,46)—, lejos de Belén, su ciudad de origen, y de Jerusalén, donde estaba el templo. Cuando, durante una peregrinación a Jerusalén, perdieron a Jesús, que tenía doce años, él y María lo buscaron angustiados y lo encontraron en el templo mientras discutía con los doctores de la ley (cf. *Lc* 2,41-50).

Después de María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Mis predecesores han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación: el beato Pío IX lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica»^[2], el venerable Pío XII lo presentó como «Patrono de los trabajadores»^[3] y san Juan Pablo II como «Custodio del Redentor»^[4]. El pueblo lo invoca como «Patrono de la buena muerte»^[5].

Por eso, al cumplirse ciento cincuenta años de que el beato Pío IX, el 8 de diciembre de 1870, lo declarara como Patrono de la Iglesia Ca-

tólica, quisiera —como dice Jesús— que “la boca hable de aquello de lo que está lleno el corazón” (cf. *Mt* 12,34), para compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana. Este deseo ha crecido durante estos meses de pandemia, en los que podemos experimentar, en medio de la crisis que nos está golpeando, que «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermercados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosos y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. [...] Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos»^[6]. Todos pueden encontrar en san José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad. San José nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. A todos ellos va dirigida una palabra de reconocimiento y de gratitud.

1. Padre amado

La grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto tal, «entró en el servicio de toda la economía de la encarnación», como dice san Juan Crisóstomo^[7].

San Pablo VI observa que su paternidad se manifestó concretamente «al haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le correspondía en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo; al haber convertido su vocación humana de amor doméstico en la oblación sobrehumana de sí mismo, de su corazón y de toda capacidad en el amor puesto al servicio del Mesías nacido en su casa»^[8].

Por su papel en la historia de la salvación, san José es un padre que siempre ha sido amado por el pueblo cristiano, como lo demuestra el



hecho de que se le han dedicado numerosas iglesias en todo el mundo; que muchos institutos religiosos, hermandades y grupos eclesiales se inspiran en su espiritualidad y llevan su nombre; y que desde hace siglos se celebran en su honor diversas representaciones sagradas. Muchos santos y santas le tuvieron una gran devoción, entre ellos Teresa de Ávila, quien lo tomó como abogado e intercesor, encomendándose mucho a él y recibiendo todas las gracias que le pedía. Alentada por su experiencia, la santa persuadía a otros para que le fueran devotos^[9].

En todos los libros de oraciones se encuentra alguna oración a san José. Invocaciones particulares que le son dirigidas todos los miércoles y especialmente durante todo el mes de marzo, tradicionalmente dedicado a él^[10].

La confianza del pueblo en san José se resume en la expresión “Ite ad Ioseph”, que hace referencia al tiempo de hambruna en Egipto, cuando la gente le pedía pan al faraón y él les respondía: «Vayan donde José y hagan lo que él les diga» (*Gn* 41,55). Se trataba de José el hijo de Jacob, a quien sus hermanos vendieron por envidia (cf. *Gn* 37,11-28) y que —siguiendo el relato bíblico— se convirtió posteriormente en virrey de Egipto (cf. *Gn* 41,41-44).

Como descendiente de David (cf. *Mt* 1,16.20), de cuya raíz debía brotar Jesús según la promesa hecha a David por el profeta Natán (cf. 2 *Sam* 7), y como esposo de María de Nazaret, san José es la pieza que une el Antiguo y el Nuevo Testamento.

2. Padre en la ternura

José vio a Jesús progresar día tras día «en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres» (*Lc* 2,52). Como hizo el Señor con Israel, así él “le enseñó a caminar, y lo tomaba en sus brazos: era para él como el padre que alza a un niño hasta sus mejillas, y se inclina hacia él para darle de comer” (cf. *Os* 11,3-4).

Jesús vio la ternura de Dios en José: «Como un padre siente ternura por sus hijos, así el Señor siente ternura por quienes lo temen» (*Sal* 103,13).

En la sinagoga, durante la oración de los Salmos, José ciertamente habrá oído el eco de que el Dios de Israel es un Dios de ternura^[11], que es bueno para todos y «su ternura alcanza a todas las criaturas» (*Sal* 145,9).

La historia de la salvación se cumple creyendo «contra toda esperanza» (*Rm* 4,18) a través de nuestras debilidades. Muchas veces pensamos que Dios se basa sólo en la parte buena y vencedora de nosotros, cuando en realidad la mayoría de sus designios se realizan a través y a pesar de nuestra debilidad. Esto es lo que hace que san Pablo diga: «Para que no me engría tengo una espina clavada en el cuerpo, un emisario de Satanás que me golpea para que no me engría. Tres veces le he pedido al Señor que la aparte de mí, y él me ha dicho: “¡Te basta mi gracia!, porque mi poder se manifiesta plenamente en la debilidad”» (2 *Co* 12,7-9).

Si esta es la perspectiva de la economía de la salvación, debemos aprender a aceptar nuestra debilidad con intensa ternura^[12].

El Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, mientras que el Espíritu la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. El dedo que señala y el juicio que hacemos de los demás son a menudo un signo de nuestra incapacidad para aceptar nuestra propia debilidad, nuestra propia fragilidad. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cf. *Ap* 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona. La Verdad siempre se nos presenta como el Padre misericordioso de la parábola (cf. *Lc* 15,11-32): viene a nuestro encuentro, nos devuelve la dignidad, nos pone nuevamente de pie, celebra con nosotros, porque «mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado» (v. 24).

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia.

3. Padre en la obediencia

Así como Dios hizo con María cuando le manifestó su plan de salvación, también a José le reveló sus designios y lo hizo a través de sueños que, en la Biblia, como en todos los pueblos antiguos, eran considerados uno de los medios por los que Dios manifestaba su voluntad^[13].

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente»^[14], pero decidió «romper su compromiso en secreto» (*Mt* 1,19). En el primer sueño el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (*Mt* 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (*Mt* 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.

En el segundo sueño el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (*Mt* 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (*Mt* 2,14-15).

En Egipto, José esperó con confianza y paciencia el aviso prometido por el ángel para regresar a su país. Y cuando en un tercer sueño el mensajero divino, después de haberle informado que los que intentaban matar al niño habían muerto, le ordenó que se levantara, que tomase consigo al niño y a su madre y que volviera a la tierra de Israel (cf. *Mt* 2,19-20), él una vez más obedeció sin vacilar: «Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en la tierra de Israel» (*Mt* 2,21).

Pero durante el viaje de regreso, «al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allí y, avisado en sueños —y es la cuarta vez que sucedió—, se retiró a la región de Galilea y se fue a vivir a un pueblo llamado Nazaret» (*Mt* 2,22-23).

El evangelista Lucas, por su parte, relató que José afrontó el largo e incómodo viaje de Nazaret a Belén, según la ley del censo del emperador César Augusto, para empadronarse en su ciudad de origen. Y fue precisamente en esta circunstancia que Jesús nació y fue asentado en el censo del Imperio, como todos los demás niños (cf. *Lc* 2,1-7).

San Lucas, en particular, se preocupó de resaltar que los padres de Jesús observaban todas las prescripciones de la ley: los ritos de la circuncisión de Jesús, de la purificación de María después del parto, de la presentación del primogénito a Dios (cf. 2,21-24)^[15].

En cada circunstancia de su vida, José supo pronunciar su «fiat», como

María en la Anunciación y Jesús en Getsemaní.

José, en su papel de cabeza de familia, enseñó a Jesús a ser sumiso a sus padres, según el mandamiento de Dios (cf. *Ex* 20,12).

En la vida oculta de Nazaret, bajo la guía de José, Jesús aprendió a hacer la voluntad del Padre. Dicha voluntad se transformó en su alimento diario (cf. *Jn* 4,34). Incluso en el momento más difícil de su vida, que fue en Getsemaní, prefirió hacer la voluntad del Padre y no la suya propia^[16] y se hizo «obediente hasta la muerte [...] de cruz» (*Flp* 2,8). Por ello, el autor de la Carta a los Hebreos concluye que Jesús «aprendió sufriendo a obedecer» (5,8).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”»^[17].

4. Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. «La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo

ayudó a optar iluminando su juicio»^[18].

Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. Si no nos reconciamos con nuestra historia, ni siquiera podremos dar el paso siguiente, porque siempre seremos prisioneros de nuestras expectativas y de las consiguientes decepciones.

La vida espiritual de José no nos muestra una vía que explica, sino una vía que acoge. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo. Parecen hacerse eco las ardientes palabras de Job que, ante la invitación de su esposa a rebelarse contra todo el mal que le sucedía, respondió: «Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?» (*Jb* 2,10).

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia.

La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «José, hijo de David, no temas» (*Mt* 1,20), parece repetirnos también a nosotros: «¡No tengan miedo!». Tenemos que dejar de lado nuestra ira y decepción, y hacer espacio —sin ninguna resignación mundana y con una fortaleza llena de esperanza— a lo que no hemos elegido, pero está allí. Acoger la vida de esta manera nos introduce en un significado oculto. La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas. Aun cuando nuestra conciencia nos reprocha algo, Él «es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo» (1 *Jn* 3,20).

El realismo cristiano, que no rechaza nada de lo que existe, vuelve una vez más. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios» (*Rm* 8,28). Y san Agustín añade: «Aun lo que llamamos mal (etiam illud quod malum dicitur)»^[19]. En esta perspectiva general,



Carta apostólica Patris corde

VIENE DE LA PÁGINA 11

la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Entonces, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelen. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó "con los ojos abiertos" lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero[20]. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso (cf. Lc 15,11-32).

5. Padre de la valentía creativa

Si la primera etapa de toda verdadera curación interior es acoger la propia historia, es decir, hacer espacio dentro de nosotros mismos incluso para lo que no hemos elegido en nuestra vida, necesitamos añadir otra característica importante: la valentía creativa. Esta surge especialmente cuando encontramos dificultades. De hecho, cuando nos enfrentamos a un problema podemos detenernos y bajar los brazos, o podemos ingeniárnoslas de alguna manera. A veces las dificultades son precisamente las que sacan a relucir recursos en cada uno de nosotros que ni siquiera pensábamos tener.

Muchas veces, leyendo los "Evangelios de la infancia", nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero "milagro" con el que Dios salvó al Niño y a su madre. El cielo intervino confiando en la valentía creadora de este hombre, que cuando llegó a Belén y no encontró un lugar donde María pudiera dar a luz, se instaló en un establo y lo arregló hasta convertirlo en un lugar lo más acogedor posible para el Hijo de Dios que venía al mundo (cf. Lc 2,6-7). Ante el peligro inminente de Herodes, que quería matar al Niño, José fue alertado una vez más en un sueño para protegerlo, y en medio de la noche organizó la huida a Egipto (cf. Mt 2,13-14).

De una lectura superficial de estos relatos se tiene siempre la impresión de que el mundo esté a merced de los fuertes y de los poderosos, pero la "buena noticia" del Evangelio consiste en mostrar cómo, a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación. Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad,

anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

Si a veces pareciera que Dios nos ayuda, no significa que nos haya abandonado, sino que confía en nosotros, en lo que podemos planear, inventar, encontrar.

Es la misma valentía creativa que mostraron los amigos del paralítico que, para presentarlo a Jesús, lo bajaron del techo (cf. Lc 5,17-26). La dificultad no detuvo la audacia y la obstinación de esos amigos. Ellos estaban convencidos de que Jesús podía curar al enfermo y «como no pudieron introducirlo por causa de la multitud, subieron a lo alto de la casa y lo hicieron bajar en la camilla a través de las tejas, y lo colocaron en medio de la gente frente a Jesús. Jesús, al ver la fe de ellos, le dijo al paralítico: "¡Hombre, tus pecados quedan perdonados!"» (vv. 19-20).



Jesús reconoció la fe creativa con la que esos hombres trataron de traerle a su amigo enfermo.

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto. La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria.

Al final de cada relato en el que José es el protagonista, el Evangelio señala que él se levantó, tomó al Niño y a su madre e hizo lo que Dios le había mandado (cf. Mt 1,24; 2,14-21). De hecho, Jesús y María, su

madre, son el tesoro más preciado de nuestra fe[21].

En el plan de salvación no se puede separar al Hijo de la Madre, de aquella que «avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente su unión con su Hijo hasta la cruz»[22].

Debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia. El Hijo del Todopoderoso viene al mundo asumiendo una condición de gran debilidad. Necesita de José para ser defendido, protegido, cuidado, criado. Dios confía en este hombre, del mismo modo que lo hace María, que encuentra en José no sólo al que quiere salvar su vida, sino al que siempre velará por ella y por el Niño. En este sentido, san José no

Niño y a su madre; amar los sacramentos y la caridad; amar a la Iglesia y a los pobres. En cada una de estas realidades está siempre el Niño y su madre.

6. Padre trabajador

Un aspecto que caracteriza a san José y que se ha destacado desde la época de la primera Encíclica social, la *Rerum novarum* de León XIII, es su relación con el trabajo. San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo.

En nuestra época actual, en la que el trabajo parece haber vuelto a representar una urgente cuestión social y el desempleo alcanza a veces niveles impresionantes, aun en aquellas naciones en las que durante décadas se ha experimentado un cierto bienestar, es necesario, con una conciencia renovada, comprender el significado del trabajo que da dignidad y del que nuestro santo es un patrono ejemplar.

El trabajo se convierte en participación en la obra misma de la salvación, en oportunidad para acelerar el advenimiento del Reino, para desarrollar las propias potencialidades y cualidades, poniéndolas al servicio de la sociedad y de la comunión. El trabajo se convierte en ocasión de realización no sólo para uno mismo, sino sobre todo para ese núcleo original de la sociedad que es la familia. Una familia que carece de trabajo está más expuesta a dificultades, tensiones, fracturas e incluso a la desesperada y desesperante tentación de la disolución. ¿Cómo podríamos hablar de dignidad humana sin comprometernos para que todos y cada uno tengan la posibilidad de un sustento digno?

La persona que trabaja, cualquiera que sea su tarea, colabora con Dios mismo, se convierte un poco en creador del mundo que nos rodea. La crisis de nuestro tiempo, que es una crisis económica, social, cultural y espiritual, puede representar para todos un llamado a redescubrir el significado, la importancia y la necesidad del trabajo para dar lugar a una nueva "normalidad" en la que nadie quede excluido. La obra de san José nos recuerda que el mismo Dios hecho hombre no desdeñó el trabajo. La pérdida de trabajo que afecta a tantos hermanos y hermanas, y que ha aumentado en los últimos tiempos debido a la pandemia de Covid-19, debe ser un llamado a revisar nuestras prioridades. Imploramos a san José obrero para que encontremos caminos que nos lleven a decir: ¡Ningún joven, ninguna persona, ninguna familia sin trabajo!

7. Padre en la sombra

El escritor polaco Jan Dobrzynski, en su libro *La sombra del Padre*[24], noveló la vida de san José. Con la imagen evocadora de la sombra define la figura de José, que para Jesús es la sombra del Padre celestial en la tierra: lo auxilia, lo protege, no se aparta jamás de su lado para seguir sus pasos. Pensemos en aquello que Moisés recuerda a Israel: «En el desierto, donde viste



cómo el Señor, tu Dios, te cuidaba como un padre cuida a su hijo durante todo el camino» (Dt 1,31). Así José ejerció la paternidad durante toda su vida^[53]. Nadie nace padre, sino que se hace. Y no se hace sólo por traer un hijo al mundo, sino por hacerse cargo de él responsablemente. Todas las veces que alguien asume la responsabilidad de la vida de otro, en cierto sentido ejercita la paternidad respecto a él.

En la sociedad de nuestro tiempo, los niños a menudo parecen no tener padre. También la Iglesia de hoy en día necesita padres. La amonestación dirigida por san Pablo a los Corintios es siempre oportuna: «Podrán tener diez mil instructores, pero padres no tienen muchos» (1 Co 4,15); y cada sacerdote u obispo debería poder decir como el Apóstol: «Fui yo quien los engendré para Cristo al anunciarles el Evangelio» (ibíd.). Y a los Gálatas les dice: «Hijos míos, por quienes de nuevo sufro dolores de parto hasta que Cristo sea formado en ustedes» (4,19).

Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir. Quizás por esta razón la tradición también le ha puesto a José, junto al apelativo de padre, el de «castísimo». No es una indicación meramente afectiva, sino la síntesis de una actitud que expresa lo contrario a poseer. La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor. El amor que quiere poseer, al final, siempre se vuelve peligroso, aprisiona, sofoca, hace infeliz. Dios mismo amó al hombre con amor casto, dejándolo libre incluso para equivocarse y ponerse en contra suya. La lógica del amor es siempre una lógica de libertad, y José fue capaz de amar de una manera extraordinariamente libre. Nunca se puso en el centro. Supo cómo descentrarse, para poner a María y a Jesús en el centro de su vida.

La felicidad de José no está en la lógica del auto-sacrificio, sino en el don de sí mismo. Nunca se percibe en este hombre la frustración, sino sólo la confianza. Su silencio persistente no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza. El mun-

do necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rechusa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción. Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración.

La paternidad que rechusa la tentación de vivir la vida de los hijos está siempre abierta a nuevos espacios. Cada niño lleva siempre consigo un misterio, algo inédito que sólo puede ser revelado con la ayuda de un padre que respete su libertad. Un padre que es consciente de que completa su acción educativa y de que vive plenamente su paternidad sólo cuando se ha hecho «inútil», cuando ve que el hijo ha logrado ser autónomo y camina solo por los senderos de la vida, cuando se pone en la situación de José, que siempre supo que el Niño no era suyo, sino que simplemente había sido confiado a su cuidado. Después de todo, eso es lo que Jesús sugiere cuando dice: «No llamen «padre» a ninguno de ustedes en la tierra, pues uno solo es su Padre, el del cielo» (Mt 23,9).

Siempre que nos encontremos en la condición de ejercer la paternidad, debemos recordar que nunca es un ejercicio de posesión, sino un «signo» que nos evoca una paternidad superior. En cierto sentido, todos nos encontramos en la condición de José: sombra del único Padre celestial, que «hace salir el sol sobre malos y buenos y manda la lluvia sobre justos e injustos» (Mt 5,45); y sombra que sigue al Hijo.

«Levántate, toma contigo al niño y a su madre» (Mt 2,13), dijo Dios a san José.

El objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implo-

rar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución. En efecto, la misión específica de los santos no es sólo la de conceder milagros y gracias, sino la de interceder por nosotros ante Dios, como hicieron Abrahán^[56] y Moisés^[57], como hace Jesús, «único mediador» (1 Tm 2,5), que es nuestro «abogado» ante Dios Padre (1 Jn 2,1), «ya que vive eternamente para interceder por nosotros» (Hb 7,25; cf. Rm 8,34).

Los santos ayudan a todos los fieles «a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad»^[58]. Su vida es una prueba concreta de que es posible vivir el Evangelio.

Jesús dijo: «Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29), y ellos a su vez son ejemplos de vida a imitar. San Pablo exhortó explícitamente: «Vivan como imitadores míos» (1 Co 4,16)^[59]. San José lo dijo a través de su elocuente silencio.

Ante el ejemplo de tantos santos y santas, san Agustín se preguntó: «¿No podrás tú lo que éstos y éstas?». Y así llegó a la conversión definitiva exclamando: «¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva!»^[60].

No queda más que implorar a san José la gracia de las gracias: nuestra conversión.

A él dirigamos nuestra oración: Salve, custodio del Redentor y esposo de la Virgen María. A ti Dios confió a su Hijo, en ti María depositó su confianza, contigo Cristo se forjó como hombre.

Oh, bienaventurado José, muéstrate padre también a nosotros y guíanos en el camino de la vida. Concédenos gracia, misericordia y valentía, y defiéndenos de todo mal. Amén.

Roma, en San Juan de Letrán, 8 de diciembre, Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, del año 2020, octavo de mi pontificado.

Francisco
[1] Lc 4,22; Jn 6,42; cf. Mt 13,55; Mc 6,3.

[2] S. Rituam Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 194.

[3] Cf. *Discurso a las Asociaciones cristianas de Trabajadores italianos con motivo de la Solemnidad de san José obrero* (1 mayo 1955): AAS 47 (1955), 406.

[4] Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989): AAS 82 (1990), 5-34.

[5] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1014.

[6] *Meditación en tiempos de pandemia* (27 marzo 2020): L'Osservatore Romano, ed. semanal en lengua española (3 abril 2020), p. 3.

[7] *In Matth. Hom.*, v, 3: PG 57, 58.

[8] *Homilía* (19 marzo 1966): *Insegnamenti di Paolo VI*, IV (1966), 110.

[9] Cf. Libro de la vida, 6, 6-8.

[10] Todos los días, durante más de cuarenta años, después de Laudes, recito una oración a san José tomada de un libro de devociones francés del siglo XIX, de la Congregación de las Religiosas de Jesús y María, que expresa devoción, confianza y un cierto reto a san José: «Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén».

[11] Cf. Dt 4,31; Sal 69,17; 78,38; 86,5; 111,4; 116,5; Jr 31,20.

[12] Cf. Exhort. ap. *Evangelium gaudium* (24 noviembre 2013), 88, 288: AAS 105 (2013), 1057, 1136-1137.

[13] Cf. Gn 20,3; 28,12; 31,11-24; 40,8; 41,1-32; Nm 12,6; 1 Sam 3,3-10; Dn 2; 4; Jb 33,15.

[14] En estos casos estaba prevista la lapidación (cf. Dt 22,20-21).

[15] Cf. Lv 12,1-8; Ex 13,2.

[16] Cf. Mt 26,39; Mc 14,36; Lc 22,42.

[17] S. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos* (15 agosto 1989), 8: AAS 82 (1990), 14.

[18] *Homilía en la Santa Misa con beatificaciones*, Villavicencio - Colombia (8 septiembre 2017): AAS 109 (2017), 1061.

[19] *Enchiridion de fide, spe et caritate*, 3,11: PL 40, 236.

[20] Cf. Dt 10,19; Ex 22,20-22; Lc 10,29-37.

[21] Cf. S. Rituam Congreg., *Quemadmodum Deus* (8 diciembre 1870): ASS 6 (1870-71), 193; B. Pio IX, Carta ap. *Inclitum Patriarcham* (7 julio 1871): l.c., 324-327.

[22] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 58.

[23] Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 963-970.

[24] Edición original: *Cień Ojca*, Varsovia 1977.

[25] Cf. s. Juan Pablo II, Exhort. ap. *Redemptoris custos*, 7-8: AAS 82 (1990), 12-16.

[26] Cf. Gn 18,23-32.

[27] Cf. Ex 17,8-13; 32,30-35.

[28] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 42.

[29] Cf. 1 Co 11,1; Flp 3,17; 1 Ts 1,6.

[30] *Confesiones*, 8, II, 27: PL 32, 761; 10, 27, 38: PL 32, 795.

Mensaje para la Jornada mundial de la pesca

Plena tutela de los derechos humanos y del trabajo de los pescadores

Llamamiento por los 18 marineros retenidos en Libia desde el 2 de septiembre

Un llamamiento para solucionar la situación de los 18 trabajadores del mar retenidos en Libia desde el pasado 2 de septiembre fue lanzado por el cardenal Peter Kodwo Appiah Turkson, prefecto del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, en el mensaje difundido el 20 de noviembre, en la vigilia de la celebración de la Jornada mundial de la pesca.

El Día Mundial de la Pesca se celebra cada año para destacar la importancia de este sector laboral marítimo, que supone una fuente sustancial de empleo para unos 59,5 millones de personas. Sorprendentemente, uno de cada dos trabajadores es una mujer. Asia cuenta con el mayor número de trabajadores en este ámbito, con aproximadamente el 85 por ciento de la fuerza laboral mundial y dispone de 3,1 millones de buques, que representan el 68 por ciento de la flota pesquera mundial.

La celebración de este año coincide con un momento particularmente excepcional, dado que los efectos de la pandemia del Covid-19 se han propagado rápidamente por todo el mundo, con consecuencias dramáticas para las economías de muchos países y un grave impacto en sectores tan vulnerables como el de la pesca.

La industria pesquera y el Covid-19

El impacto del Covid-19 en la industria pesquera atañe principalmente al ámbito de las respuestas estratégicas que han adoptado los gobiernos frente a la pandemia, como el distanciamiento social, el cierre de mercados de pescado, la escasa afluencia de clientes a hoteles y restaurantes. Esto supone un grave problema para la venta de pescado fresco y otros productos pesqueros, sobre todo en lo que se refiere a la disminución de la demanda y a la caída del precio del pescado, razón por la cual, en la situación actual, la pesca, el procesamiento de pescado, el consumo y el comercio han disminuido de manera constante.

Los retos de la industria pesquera

Además de los efectos de la pandemia, el sector de la pesca tiene que afrontar problemas crónicos que la atormentan y ante los cuales, los retos planteados por el Covid-19 palidecen. Estos problemas crónicos, que representan el "crimen pesquero", son la sobrepesca y la pesca ilegal, no declarada y no reglamentada (INDNR), prácticas que todavía se llevan a cabo en distintos lugares del mundo, bajo cualquier pabellón, y que son perpetradas, con frecuencia, por grupos que cuentan con poderosas flotas y mejores recursos. Violan las leyes y las normativas internacionales y nacionales. Esto penaliza a los verdaderos pescadores y a las comunidades pesqueras, que tienen que hacer frente a una competencia desleal y ver como se agotan las po-



blaciones de peces a un ritmo que provoca que éstas no tengan tiempo de regenerarse. Se trata de una práctica que no es sostenible y que implica una disminución de las reservas pesqueras y una reducción de la capacidad de producción en el futuro. El daño ocasionado por la INDNR y por la sobrepesca no afecta solamente a la población costera, porque para miles de millones de personas el pescado constituye su principal fuente de proteína y la pesca representa el principal medio de vida para millones de personas en todo el mundo.

Las condiciones de los pescadores y el Covid-19

Las condiciones de trabajo y de seguridad de los pescadores embarcados se han visto afectadas por el cierre de los puertos pesqueros debido a la pandemia y a la imposibilidad de realizar cambios en las tripulaciones. Además, la falta de equipos de protección personal ha aumentado el riesgo de transmisión del virus, puesto que los pescadores trabajan en espacios reducidos y ambientes cerrados.

Como consecuencia directa, varios miembros de tripulaciones pesqueras contrajeron el virus a bordo de un cierto número de pesqueros y, al no poder recibir asistencia médica inmediata, fallecieron y fueron rápidamente sepultados en el mar por sus compañeros preocupados. A menudo, sin que las familias conocieran el destino de sus seres queridos.

Otros pescadores migrantes se ven privados de la oportunidad de trabajar. Sin la posibilidad de generar ingresos para mantener a sus familias y pagar sus deudas, están cada vez más expuestos al riesgo de convertirse en víctimas de la trata de personas o del trabajo forzoso. Además,

pueden también permanecer largos períodos de tiempo varados en un país extranjero y obligados a vivir en campamentos de refugiados/migrantes, en una situación de hacinamiento y en condiciones higiénicas deplorables. Por añadidura, la gran mayoría de los pescadores del mundo se vieron excluidos, por diferentes razones, de la "protección social" básica que algunos gobiernos nacionales habían proporcionado, y para sobrevivir se vieron obligados a depender de la generosidad de las organizaciones caritativas o de la ayuda de la comunidad local.

Los problemas del trabajo forzoso y de la trata de personas han atormentado desde siempre al sector pesquero y siguen siendo particularmente graves. En algunos países, estos problemas han empeorado debido a las condiciones de extrema pobreza originadas por la pandemia del Covid-19 y que desencadenan nuevas oleadas de personas desesperadas que han perdido sus trabajos, como los pescadores, procedentes de zonas rurales. Estos desplazados tienden a ser engañados y son obligados por intermediarios y agencias de contratación a trabajar a bordo de buques, bajo la amenaza del uso de la fuerza o mediante la servidumbre por deudas.

La voz de la Iglesia

En este tiempo de pandemia, quisiera hacer un llamamiento a una mayor solidaridad con las personas más marginadas, como se explica en *Fratelli Tutti* del Papa Francisco: "La solidaridad se expresa concretamente en el servicio, que puede asumir formas muy diversas de hacerse cargo de los demás. El servicio es «en gran parte, cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo»" (#115). El camino

hacia la plena protección de los derechos humanos y laborales de todas las categorías de pescadores sigue siendo un camino largo y sinuoso. Una vez más, alzamos nuestra voz para pedir que las organizaciones internacionales y los gobiernos redoblen sus esfuerzos por aplicar la legislación, para mejorar las condiciones de vida y de trabajo de los pescadores y de sus familias y endurezcan su lucha contra el trabajo forzoso y la trata de personas.

Ya pasó el momento de hablar. ¡Ha llegado el de actuar! "Cuando se respeta la dignidad del hombre, y sus derechos son reconocidos y tutelados, florece también la creatividad y el ingenio, y la personalidad humana puede desplegar sus múltiples iniciativas en favor del bien común" (Papa Francisco, *Discurso a las autoridades civiles*, Tirana, Albania, 21 de septiembre de 2014).

Por último, en este Día Mundial de la Pesca, mis pensamientos están con todos los pescadores del mundo que sufren y atraviesan una situación difícil. En particular, me gustaría mencionar a los dieciocho pescadores de diferentes nacionalidades, procedentes de Mazara del Vallo, Sicilia, que permanecen retenidos en Libia, desde el pasado 2 de septiembre. Sus familias aguardan con ansia recibir información sobre su paradero y la oportunidad de hablar con sus seres queridos. Sobre todo, anhelan reunirse con ellos.

Por esta sencilla razón humanitaria, apelo a los gobiernos y a las correspondientes autoridades nacionales, para que resuelvan esta grave situación y encuentren una solución positiva a través de un diálogo abierto y sincero.

CARDENAL PETER K.A. TURKSON
PREFECTO

En un videomensaje a los jueces de África y América

La función social del derecho a la propiedad

La construcción de «nueva justicia» que subraye «función social de cualquiera de sus formas» del «derecho a la propiedad privada» fue deseada por el Papa Francisco a través del videomensaje con el que se dirigió a los participantes de la primera conferencia virtual de los jueces miembros de los Comités para los derechos sociales de África y América, que tuvo lugar del 30 de noviembre al 1 de diciembre en Perú, sobre el tema «La construcción de la justicia social. Hacia la plena aplicación de los derechos fundamentales de las personas en condiciones de vulnerabilidad».

Queridos jueces y juezas de los continentes africano y americano:

Para mí es una alegría compartir con ustedes este encuentro virtual de juezas y jueces integrantes de los Comités por los Derechos Sociales.

En un momento tan crítico para toda la humanidad, el hecho de que las mujeres y los hombres que trabajan para impartir justicia se reúnan para pensar su labor y construir la nueva justicia social es, sin dudar, una excelente noticia.

Creo que para construir, para analizar desde una íntegra revisión conceptual la idea de justicia social, es fundamental recurrir a otro conjunto de ideas y situaciones que constituyen, a mi entender, las bases sobre las que esta debería sostenerse.

La primera tiene que ver con la dimensión de la realidad. Las ideas sobre las que seguramente ustedes trabajarán, no debieran perder de vista el angustiante cuadro en el que una pequeña parte de la humanidad vive en la opulencia, mientras que a una cantidad cada vez más numerosa le es desconocida dignidad y son ignorados o violados sus derechos más elementales. No podemos pensar desconectados de la realidad. Y esta es una realidad que deben tener presente.

La segunda nos remite a las formas en que se gesta la justicia. Pienso en una obra colectiva, en una obra de conjunto, en donde todos y todas las personas bienintencionadas desafían la utopía y asumen que, así como el bien y el amor, lo justo es una tarea que ha de conquistarse todos los días, porque el desbalance es una tentación de cada minuto. Por eso cada día es una conquista.

Pero no sólo se trata de unirse para moldear esa nueva justicia social. Es necesario hacerlo con una actitud de compromiso, siguiendo la senda del buen Samaritano. Y ese es el tercer paradigma a tener presente, reconociendo la tentación tan frecuente de desentenderse de los demás, especialmente de los más débiles. Tenemos que asumir que nos hemos acostumbrado a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente. El compromiso incondicional es hacernos cargo del dolor del otro y no resbalar hacia una cultura de la indiferencia. Ese tan cotidiano de mirar para otra parte.

No puedo dejar de mencionar, como parte fundamental de esta construcción de la justicia social, la idea de la historia como eje conductor. Y



esta es la cuarta y obligada reflexión para los que pretendan erigir una nueva justicia social para nuestro planeta, sediento de dignidad: sumar al planteo la perspectiva del pasado, es decir, histórica, una reflexión histórica. Ahí están las luchas, los triunfos y las derrotas. Allí se encuentra la sangre de quienes dieron su vida por una humanidad plena e integrada. En el pasado están todas las raíces de las experiencias, también las de aquella justicia social que hoy queremos repensar, hacer crecer y potenciar.

Y es muy difícil poder construir la justicia social sin basarnos en el pueblo. O sea, la historia nos lleva al pueblo, los pueblos. Será una tarea mucho más fácil si incorporamos el deseo gratuito, puro y simple de querer ser pueblo, sin pretender ser élite ilustrada, sino pueblo, siendo constantes e incansables en la labor de incluir, integrar y levantar al caído. El pueblo es la quinta base para construir la justicia social. Y, desde el Evangelio, lo que a nosotros creyentes Dios nos pide es ser pueblo de Dios, no elite de Dios. Porque los que van por el camino de la "élite de Dios", terminan en los tan consabidos clericalismos elitistas que, por ahí, trabajan para el pueblo, pero nada con el pueblo, sin sentirse pueblo.

Y, por último, les sugiero que, al momento de repensar la idea de la justicia social, lo hagan siendo solidarios y justos. Solidarios al luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda. Techo, tierra y trabajo, las tres "T" que nos ungen dignos. Luchando, en suma, contra quienes niegan los derechos sociales y laborales. Luchando contra esa cultura que lleva a usar a los demás, a esclavizar a los demás, y termina en quitar la dignidad de los demás. No olviden que la solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia.

Justos los que hacen justicia. Justos sabiendo que, cuando resolviendo en el derecho, damos a los pobres las cosas indispensables no les damos nuestras cosas, ni la de terceros, sino que les devolvemos lo que es suyo. Hemos perdido muchas veces esta idea de devolver lo que les pertenece.

Construyamos la nueva justicia social asumiendo que la tradición cristiana nunca reconoció como absoluto e intocable el derecho a la propiedad privada y subrayó siempre la función social de cualquiera de sus formas.

El derecho de propiedad es un derecho natural secundario derivado del derecho que tienen todos, nacido del destino universal de los bienes creados. No hay justicia social que pueda cimentarse en la inequidad, que supere la concentración de la riqueza.

Queridas juezas y queridos jueces: Les deseo una excelente jornada de reflexión. Deseo también que todo lo que construyan sobre la justicia social sea más que una mera teoría, sino más bien una nueva y urgente práctica judicial, que coadyuve a que la humanidad pueda, en un futuro bien cercano, integrarse en la plenitud y la paz.

Les deseo lo mejor. Que Dios los bendiga.

La catequesis sobre la oración de súplica

Un grito que no queda sin ser escuchado

«Dios responde siempre: hoy, mañana, pero siempre responde, de una manera u otra... La Biblia lo repite infinidad de veces», el grito de quien reza no queda nunca sin ser escuchado. Lo subrayó el miércoles por la mañana, 9 de diciembre, el Papa Francisco en la audiencia general que tuvo lugar una vez más en la Biblioteca privada del Palacio apostólico vaticano, sin la presencia de fieles, para evitar la difusión del coronavirus. Prosiguiendo las catequesis sobre la oración, el Pontífice se detuvo en el tema de la súplica o la oración de petición.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Continuamos con nuestras reflexiones sobre la oración. La oración cristiana es plenamente humana —nosotros rezamos como personas humanas, como lo que somos—, incluye la alabanza y la súplica. De hecho, cuando Jesús enseñó a sus discípulos a rezar, lo hizo con el “Padre nuestro”, para que nos pongamos con Dios en la relación de confianza filial y le dirijamos todas nuestras necesidades. Suplicamos a Dios por los dones más sublimes: la santificación de su nombre entre los hombres, el advenimiento de su señorío, la realización de su voluntad de bien en relación con el mundo. El Catecismo recuerda: «Hay una jerarquía en las peticiones: primero el Reino, a continuación lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida» (n. 2632). Pero en el “Padre nuestro” rezamos

mos los únicos que “rezamos” en este universo exterminado: cada fragmento de la creación lleva inscrito el deseo de Dios. Y San Pablo lo expresó de esta manera. Dice así: «Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no solo ella, también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo» (Rm 8,22-24). En nosotros resuena el gemido multiforme de las creaturas: de los árboles, de las rocas, de los animales... Todo anhela la realización. Escribió Tertuliano: «Ora toda la creación, oran los animales domésticos y los salvajes, y doblan las rodillas y, cuando salen de sus establos o guaridas, levantan la vista hacia el cielo y con la boca, a su manera, hacen vibrar el aire. También las aves, cuando despiertan, alzan el vuelo hacia el cielo y extienden las alas, en lugar de las manos, en forma de cruz y dicen algo que asemeja una oración» (De oratione, XXIX). Esta es una expresión poética para hacer un comentario a lo que San Pablo dice “que toda la creación gime, reza”. Pero nosotros, somos los únicos que rezamos conscientemente, que sabemos que nos dirigimos al Padre, y que entramos en diálogo con el Padre.

Por tanto, no tenemos que escandalizarnos si sentimos la necesidad de rezar, no tener vergüenza. Y sobre todo cuando estamos en la necesidad, pedir. Jesús hablando de un hombre deshonesto,

un aliado más fuerte que ella: el Señor Resucitado. La muerte ya ha sido derrotada en Cristo, y vendrá el día en el que todo será definitivo, y ella ya no se burlará más de nuestra vida y de nuestra felicidad.

Aprendamos a estar en la espera del Señor. El Señor viene a visitarnos, no solo en estas fiestas grandes —la Navidad, la Pascua—, sino que el Señor nos visita cada día en la intimidad de nuestro corazón si nosotros estamos a la espera. Y muchas veces no nos damos cuenta de que el Señor está cerca, que llama a nuestra puerta y lo dejamos pasar. “Tengo miedo de Dios cuando pasa;



“Aprendamos a estar en la espera del Señor. El Señor viene a visitarnos, no solo en estas fiestas grandes sino que el Señor nos visita cada día en la intimidad de nuestro corazón si nosotros estamos a la espera

también por los dones más sencillos, por los dones más cotidianos, como el “pan de cada día” —que quiere decir también la salud, la casa, el trabajo, las cosas de todos los días; y también quiere decir por la Eucaristía, necesaria para la vida en Cristo—; así como rezamos por el perdón de los pecados —que es algo cotidiano; siempre necesitamos perdón—, y por tanto la paz en nuestras relaciones; y finalmente que nos ayude en las tentaciones y nos libre del mal.

Pedir, suplicar. Esto es muy humano. Escuchamos una vez más el Catecismo: «Mediante la oración de petición mostramos la conciencia de nuestra relación con Dios: por ser criaturas, no somos ni nuestro propio origen, ni dueños de nuestras adversidades, ni nuestro fin último; pero también, por ser pecadores, sabemos, como cristianos, que nos apartamos de nuestro Padre. La petición ya es un retorno hacia Él» (n. 2629).

Si uno se siente mal porque ha hecho cosas malas —es un pecador— cuando reza el Padre nuestro ya se está acercando al Señor. A veces podemos creer que no necesitamos nada, que nos bastamos nosotros mismos y vivimos en la autosuficiencia más completa. ¡A veces sucede esto! Pero antes o después esta ilusión se desvanece. El ser humano es una invocación, que a veces se convierte en grito, a menudo contenido. El alma se parece a una tierra árida, sedienta, como dice el Salmo (cf. Sal 63,2). Todos experimentamos, en un momento u otro de nuestra existencia, el tiempo de la melancolía o de la soledad. La Biblia no se avergüenza de mostrar la condición humana marcada por la enfermedad, por las injusticias, la traición de los amigos, o la amenaza de los enemigos. A veces parece que todo se derrumba, que la vida vivida hasta ahora ha sido vana. Y en estas situaciones aparentemente sin escapatoria hay una única salida: el grito, la oración: «¡Señor, ayúdame!». La oración abre destellos de luz en la más densa oscuridad. «¡Señor, ayúdame!». Esto abre el camino, abre la senda.

Nosotros los seres humanos compartimos esta invocación de ayuda con toda la creación. No so-

que debe hacer cuentas con su patrón, dice esto: “Pedir, me avergüenzo”. Y muchos de nosotros tenemos este sentimiento: tenemos vergüenza de pedir; de pedir ayuda, de pedir a alguien que nos ayude a hacer algo, a llegar a esa meta, y también vergüenza de pedir a Dios. No hay que tener vergüenza de rezar y de decir: “Señor, necesito esto”, “Señor, estoy en esta dificultad”, “¡Ayúdame!”. Es el grito del corazón hacia Dios que es Padre. Y tenemos que aprender a hacerlo también en los tiempos felices; dar gracias a Dios por cada cosa que se nos da, y no dar nada por descontado o debido: todo es gracia. El Señor siempre nos da, siempre, y todo es gracia, todo. La gracia de Dios. Sin embargo, no reprimamos la súplica que surge espontánea en nosotros. La oración de petición va a la par que la aceptación de nuestro límite y de nuestra creaturalidad. Se puede incluso llegar a no creer en Dios, pero es difícil no creer en la oración: esta sencillamente existe; se presenta a nosotros como un grito; y todos tenemos que lidiar con esta voz interior que quizá puede callar durante mucho tiempo, pero un día se despierta y grita.

Hermanos y hermanas, sabemos que Dios responderá. No hay orante en el Libro de los Salmos que levante su lamento y no sea escuchado. Dios responde siempre: hoy, mañana, pero siempre responde, de una manera u otra. Siempre responde. La Biblia lo repite infinidad de veces: Dios escucha el grito de quien lo invoca. También nuestras peticiones tartamudeadas, las que quedan en el fondo del corazón, que tenemos también vergüenza de expresar, el Padre las escucha y quiere donarnos el Espíritu Santo, que anima toda oración y lo transforma todo. Es cuestión de paciencia, siempre, de soportar la espera. Ahora estamos en tiempo de Adviento, un tiempo típicamente de espera para la Navidad. Nosotros estamos en espera. Esto se ve bien. Pero también toda nuestra vida está en espera. Y la oración está en espera siempre, porque sabemos que el Señor responderá. Incluso la muerte tiembla cuando un cristiano reza, porque sabe que todo orante tiene

tengo miedo de que pase y yo no me dé cuenta”, decía san Agustín. Y el Señor pasa, el Señor viene, el Señor llama. Pero si tú tienes los oídos llenos de otros ruidos, no escucharás la llamada del Señor.

Hermanos y hermanas, estar en espera: ¡esta es la oración!

En el día de la fiesta litúrgica de san Juan Diego, el Papa encomendó a la protección de la Virgen de Guadalupe a los pueblos de América Latina golpeados fuertemente por la pandemia y por calamidades naturales. Lo hizo saludando a los grupos de lengua española que seguían la audiencia a través de los medios de comunicación. Después de dirigirse a los fieles de otras lenguas, el Pontífice rezó el Padre Nuestro e impartió la bendición.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Hoy conmemoramos a san Juan Diego, a quien Nuestra Señora de Guadalupe escogió como su enviado. Que a través de su intercesión presente a la Virgen los países de América Latina, damnificados por la pandemia y los desastres naturales, para que ella, como Madre, salga al encuentro de sus hijos y los cubra con su manto. Pidamos además al Señor que infunda en nosotros su Espíritu Santo para que vivifique nuestra oración y transforme nuestro corazón, abriéndolo al servicio de la caridad. Que el Señor los bendiga a todos.